

«En lugar de conquistador, fui conquistado», dijo el poeta.

DIA 23,
FELIX GRANDE

—Descubrí mi vocación —analizaría el poeta emeritense— cuando conocí el terror en el cuerpo y en el lenguaje. Yo mamé el terror de la guerra civil en los pechos de mi madre.

Aludió también al conocimiento del cuerpo y el del lenguaje como alicientes que hicieron despertar su vocación.

Dio lectura a una selección de su obra y, al acabar se ganó al público con su simpatía y agrado para responder a las numerosas preguntas que le llovían del público asistente.

DIA 25,
CLAUDIO RODRIGUEZ

Claudio Rodríguez manifestó que él es lento para crear, porque la poesía no es una producción simplemente.

—Mi poesía arranca de un contacto directo con el campo y con la comunicación humana. La poesía es un don, no es cuestión de técnica; es un don de la ebriedad entendida ésta como entusiasmo ante el hecho de vivir con todas las consecuencias vitales.

Confiesa que su obra no es demasiado profunda, pero señala que la poesía para él no es sólo la cantidad de obras, sino la capacidad de sentir.

ALCANTARA

PARA LOS
CACEREÑOS



DIA 26,
JOSE GARCIA NIETO

Miguel Serrano presentó en el último día a José García Nieto, del que dijo que era un poeta humano, lírico, barroco, neorrealista y universal.

A continuación el nuevo académico de la Española dio lectura a los poemas más significativos de su obra y manifestó que para él la poesía es una proclamación y la poética una aproximación a lo inalcanzable.

Cerró el acto y esta primera Semana Poética Cacereña el escritor Pedro de Lorenzo, que con su verbo cálido y sus grandes dotes de orador hizo una semblanza de García Nieto estableciendo una relación entre su poesía y la de Garcilaso.

E.T.A.C.

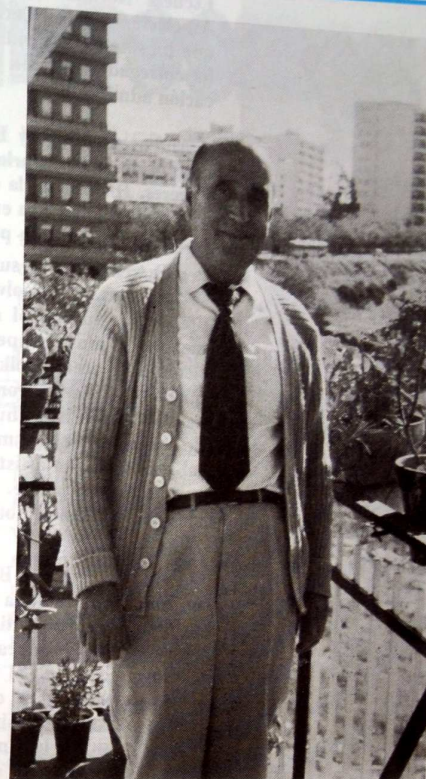
IN MEMORIAM

SANTIAGO Y ESTEBAN BERZOSA, CON LOS QUE EL MUNDO MUSICAL CACEREÑO ESTARA SIEMPRE EN DEUDA

Se llamaban Santiago y Esteban. Habían nacido en Turégano (Segovia), y vinieron a morir en el plazo de 17 días en Cáceres, en la tierra a la que dedicaron más de cincuenta años de sus existencias y todo el afán, amor y trabajo de que fueron capaces. Eran los hermanos Berzosa.

El mayor, Santiago, allá en su tierra natal sintió muy de niño su vocación musical y cuentan que tras ingresar en la Academia Municipal de Música y luego en la Banda Militar de Segovia tenía que irse a

practicar su instrumento, el clarinete, a las caballerizas para no molestar a nadie; tal era la incisiva potencia de su sonido. Acomete en Madrid todos los estudios de clarinete y los superiores de Armonía, contrapunto y Fuga, recalca en Plasencia donde se enamora, se casa y tras brillantes oposiciones obtiene el nombramiento de Director de la Banda Municipal de Cáceres en 1943. Al año siguiente se le adjudica por oposición la vacante en el Regimiento de Infantería de Argel, de garnición en Cáceres. Simultánea ambas direcciones hasta que se



ve obligado a solicitar la excedencia voluntaria en su cargo de Director de la Banda Municipal. Hay de su paso por la Municipal un cariñoso homenaje del pueblo cacereño y una artística batuta con expresiva dedicatoria. Disuelto el Regimiento de Infantería de Argel, Santiago Berzosa se traslada a Badajoz y dirige allí la banda militar por seis años. Se retira con el grado de comandante y vuelve a Cáceres. En Cáceres había empezado una obra que había de continuar.

Es el curso 1960-61 cuando Santiago Berzosa, un hombre que por una irresistible vocación vive por y para la música, ve realizarse una de sus grandes ilusiones: Un Conservatorio para Cáceres. La idea la ha trabajado durante años. Le apoya en la Diputación sobre todo el diputado Bonifacio Avila. El presi-

dente, Tomás Murillo, da el visto bueno y se abre una ventana a las vocaciones musicales. Ya tiene Cáceres su Conservatorio Provincial de Música, con todos los inconvenientes de su precario principio y su falta de validez oficial. Pero algo es algo, que en este caso es mucho. Santiago está al frente del mismo durante veinte años.

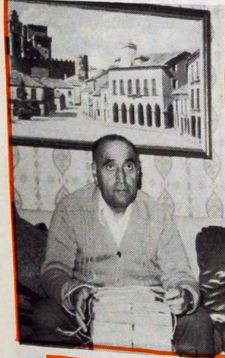
Y aquí entra en escena Esteban Berzosa. Esteban sigue las huellas de su hermano mayor. Siempre la siguió. Entra en el Ejército.

Con su clarinete bajo el brazo llega a Cáceres como músico militar y aquí en una constante actividad musical quema sus años tras un breve paréntesis que reparte entre León y tierras africanas. Su inquietud le lleva a estar en todo lo que suponga actividad musical: Clases en el Conservatorio, en la

en todos
los
hogares
cacereños

ALCANTARA

Para estar
enterado



Divulgue

ALCANTARA

Escuela Normal. Tesorero en la Asociación Musical Cacerña, de la que ha sido alma y vida y a la que ha entregado un tesón y una dedicación admirables.

Ambos, Santiago y Esteban forman parte de la historia musical de Cáceres. Historia de la que hay poco o nada escrito. Los eruditos e investigadores que han pasado revista a Extremadura en sus más diversos aspectos se han olvidado siempre de la Música. Si acaso hacen mención muy superficialmente siempre al acervo folklórico y ahí queda todo. Parece como si en esta bendita región no se hubiera rendido jamás culto a la música o que tal manifestación artística no tuviera interés para nadie. Tal es el silencio, la ausencia total de datos.

Pero los hermanos Berzosa, repito, forman parte de la historia musical de Cáceres. Santiago funda la Masa coral de Educación y Descanso que, pasado el tiempo, vendría a desembocar en el Orfeón Cacerño, y sus amplísimos trabajos de composición le vinculan a esta tierra, pues muchas de sus obras reflejan el ambiente extremeño: «Romancillo de Pascualet»; «Boda típica extremeña»; «Canto al Club Deportivo Badajoz»; «Himno a Extremadura»; «Rapsodia y sinfonía extremeña» y tantas canciones festivas —la cantera era inagotable—, que deberían recogerse en alguna forma como homenaje a quienes tanto amor pusieron en ellas y en esta tierra. El ser agradecidos es de bien nacidos. De las cualidades y virtudes de estos hombres pudieran hablar sus alumnos numerosísimos, entre quienes se encuentran los hermanos Cano, trompeta y saxo de la Orquesta Ligera de TVE, a quienes Santiago descubrió en Montánchez; Trini León, directora del Orfeón Provincial, cuyas grandes cualidades profesionales no vamos ahora a descubrir; Isidoro García Polo, director de la Filarmónica de Madrid; Matilde Domínguez, profesora del Conservatorio Provincial y tantos alumnos del colegio San Francisco, donde Santiago dió clase de música, y que orientados y

dirigidos por él, encontraron un ancho horizonte en la vida.

Porque estos dos hombres fueron forjadores de vocaciones y abrieron cauces, y caminos para que la corriente musical pudiera circular en la provincia. Santiago creó el Conservatorio, Esteban lo heredó, consiguió darle validez oficial y, tras más de veinte años en las estrecheces de unos exiguos presupuestos, mal material, pianos viejos, aulas insuficientes, la Diputación Provincial y su actual presidente, Jaime Velázquez, dieron una nueva dimensión y unas halagüeñas perspectivas a un centro que cuenta con más de 600 alumnos.

Pero... ellos que trabajaron hombro a hombro, ya no podrán verlo o —tal vez sí— desde la distancia en la que ya ni odios ni rencores importan, por encima de las envidias, intereses, condicionamientos y mediatizaciones de este cochino mundo...

Santiago y Esteban Berzosa vivieron medio siglo en Extremadura. De cuando en cuando la añoranza de la segoviana patria chica tiraba de ellos. Allí en Turégano les recibían con los brazos abiertos. El «Himno a Turégano», que Santiago compuso, es ya patrimonio del pueblo, como patrimonio de Cáceres es su obra de compositor, que el autor legó al Ayuntamiento de Cáceres. Como buenos castellanos, pese a su extremeñismo, fueron fieles a sus raíces. Precisamente el libro que Santiago estaba leyendo días antes del fatal accidente que le llevaría a la tumba era «Turégano y su castillo en la Iglesia de San Miguel», de Plácido Centero Roldán.

Santiago y Esteban ya no están. Se fueron dos tristes madrugadas de finales de enero y mediados de febrero. Esteban, que siempre había seguido los pasos de su hermano, ésta y definitiva vez se fue primero. Santiago, advinando que el mundo sin el entusiasmo, el empuje y el cariño de su hermano ya no sería el mismo, se fue tras él. Deserde aquel día la familia musical cacerña, gran familia gracias a ellos, siente que se ha quedado huérfana.

Paquita GARCÍA

UN AMOR IMPOSIBLE

(CUENTO) POR: ANA MARIA HERNANDO

Desde el piso catorce de la obra, la playa y el paseo marítimo se veían desvirtuados, sin color ni sonido, como una panorámica de tarjeta postal. Manuel canturreaba mientras alicataba, con habilidad de especialista, una terraza en la que se empleaba cerámica italiana. Aquel era un bloque costoso y llamativo. Manuel nada de Manolo era jefe de cuadrilla en los contratos a destajo. Había empezado cuando chaval, en el pueblo, como peón. Pero aquello estaba lejos. Ahora era oficial de primera, hacía programas, daba presupuestos y era "el señor Manuel" para sus subordinados. Manuel tarareaba una canción moderna nunca le había dado por el flamenco de reciente éxito. Era medio día y la playa se había cuajado. Ya hacía años que trabajaba en las grandes empresas de la costa y aquel espectáculo no le sorprendía. Ni le atraía siquiera. Manuel tenía treinta años, buen aspecto, independencia de soltero y unos ahorros tranquilizadores. Siempre había tenido la cabeza en su sitio y no se dejaba aturdir. Solo lamentaba que lo modestísimo de su origen no le hubiese permitido ser aparejador. El, por inteligencia, por oficio, por años de experiencia, sabía más que muchos aparejadores. Pero ahí estaban: Por encima de él. En los ingenieros y en los arquitectos ni pensaba. Demasiado altos. Casi como entidades legendarias. Manuel vivía bien, tenía primas de trabajo, gratificaciones, era formal y cumplidor. Y le gustaba aquella vida soleada hasta en invierno, de buen ritmo laboral y llena de oportunidades de todo tipo. Manuel ya había dejado atrás, los años de conquista fáciles, de caza indiscriminada de extranjeras ansiosas de sol y de emociones. Era observador y le gustaba aprender. Y practicaba algunos años y viajaba en un Mercedes gris, al mando de unos refinamientos: Se cuidaba el pelo y las manos, se arreglaban las uñas, usaba cremas para evitar que su piel, tan aireada se resecase como una corteza vieja, y, fuera del trabajo vestía con buen gusto. A veces, hasta leía novelas. La playa en plena temporada no le gustaba.

Estaba ya saciado de ver tanto cuerpo desnudo, reluciente y renegrido. Ni le atraían las relaciones con las extranjeras por móviles de lujuria, dinero o burlón recocineo. No, hombre, no. Aún hay clase. Esas cosas las hacen los vagos, o los chavales recién salidos de la mili. Siguió dándole vueltas a un reciente proyecto. Quizá debiera aceptar aquel ofrecimiento que le hicieron los de Saneamiento. De sueldo poco más o menos, pero otra clase. Y a la larga... Volvió a tararear, miró el reloj y recordó que al día siguiente era fiesta. En los días de fiesta él era un turista más con derecho incondicional a su trozo de arena, a su parte de agua, a su posibilidad de relaciones. Por más que este año... Manuel no se quedaba nunca en el centro de la playa, en la parte ruidosa, superpoblada, incómoda y facilona. El se iba al final, dos Km. más allá, al Rincón del Padrés. Allí había otro público menos gente. Más clase. Sombrillas individuales en vez de toldos colectivos. Más calma. No era zona de apartamentos amueblados. Allí vertían su clientela dos hoteles de cinco estrellas y se extendían en recogida reserva una pequeña colonia de villas y chalets de lujo. Chalets blancos de cal, azules de pizarra, verdes de hiedra, morados de buganvillas, setos de boj, piscinas como turquesas. Realmente dudaba en ir. Quizá no se deba volver al lugar del amor. No verla teñiría aquel rincón de tristeza. Y encontrarla quizá desencadenaría un drama. El recuerdo le hacía más lento en el trabajo. Llevaba un año pensándolo, saboreándolo. Y solo habían sido unos días. En cuanto la vio supo que era distinta. Dolores vivía con sus tíos en uno de aquellos chalets. Hacía una vida recogida, salía con sus primos pequeños y viajaba en un Mercedes gris, al mando de un chofer uniformado. Mucha mujer para él. Casi ni recuerda como se encontraron cerca y empezaron a hablar. Manuel, tan sereno él, perdió la cabeza al momento. ¿Cómo no? Dolores era bonita y bien hecha, pero no hacía nada por ser llamativa. Era muy moderna, sin querer parecer